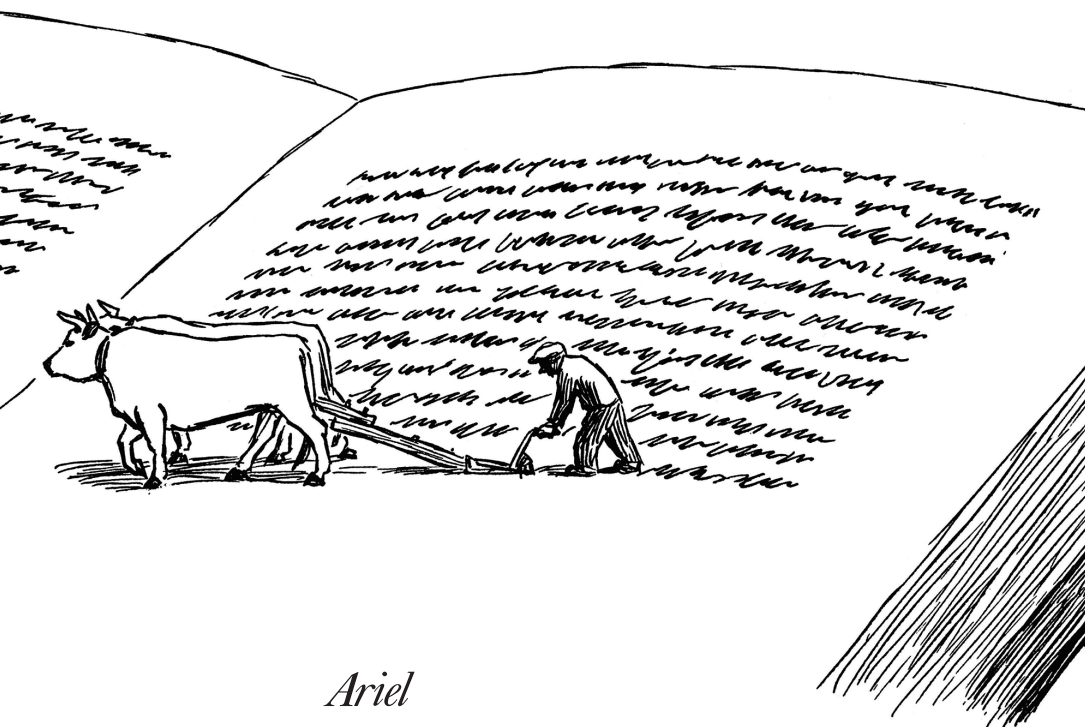


Roberto Casati

Elogio del papel

Contra el colonialismo digital



Ariel

Roberto Casati

Elogio del papel

Contra el colonialismo digital

Traducción de
Jorge Paredes

Ariel

Título original: *Contro il colonialismo digitale*

Primera edición: febrero de 2015

© Roberto Casati, 2013

Publicado con el acuerdo de Marco Vigevani & Associati Agenzia Letteraria
© 2015 de la traducción, Jorge Paredes

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1919-3

Depósito legal: B. 92-2015

Maquetación: Àtona Víctor Igual, S. L.

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas
El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

ADVERTENCIA, 9

INTRODUCCIÓN, 11

La montaña mágica, 11 | El colonialismo digital, 19

1. EL TRIUNFO DEL LIBRO

EN LA TORMENTA DIGITAL, 27

¿Qué es lo que ha cambiado exactamente?, 27 |

¿Cómo se pasa de un ecosistema a otro? Por ejemplo, ¿quién es «fotógrafo» hoy en día?, 34 |

¿Producir o consumir?, 39 |

Dicho de otro modo: ¿cuánto cuesta tu atención?, 42 |

Recetas, manuales y enciclopedias. ¿Y los ensayos?, 45 |

¿En qué sentido es perfecto el ensayo en papel?, 52 |

¿Por qué el libro, el museo lineal y la tecla de retroceso funcionan tan bien?, 57 | ¿Se lee mejor en papel o en tableta?, 62 |

¿Se llega siempre al final de la página? ¿Lectura interior, o lectura en voz alta?, 65 |

¿Se navega mejor por un texto como si lo sobrevolásemos?, 67 |

¿Puede exigirse realmente que sólo se publiquen libros de papel?, 71 |

2. EL LIBRO Y LA ESCUELA, 75

- ¿Quién puede salvar a los lectores (y a la lectura)?, 75 |
El fondo del problema: ¿sabremos proteger el aprendizaje?, 79 |
El *design* del tiempo: ¿tutores cuando se soliciten o a horas determinadas?, 81 |
El *design* del tiempo: ¿quién teme pasar un mes leyendo?, 84 |
¿Cómo ampliar estos métodos de lectura protegida, también a los padres?, 88 | El *design* del espacio: ¿quién teme a una mesa privada en una biblioteca pública? ¿Quién teme a un puf?, 89 |

3. EL MITO DEL NATIVO DIGITAL, 93

- ¿Está realmente en marcha la gran mutación antropológica?
¿Son los «nativos digitales» una realidad?, 93 |
El papel central del *design*, 102 |
¿La tecnología en clase contribuye realmente al aprendizaje?, 105 |
«No fuisteis creados para vivir dispersos», 110 | La tarta Sacher, 116 |
¿Cómo ha podido la escuela resistir a la normatividad automática?, 119 |
¿Cuánto cuesta un proyecto mal concebido?, 120 |
¿Aprender de un vídeo o de una persona?, 125 |
¿Es el *mashup* un destino? ¿Para cuándo un manual escolar autoproducido?, 130 |
¿Cómo replantearse el aprendizaje en torno a las nuevas tecnologías?, 136 |
¿Cómo liberarse del maestro electrónico?, 140 |
¿Es realmente necesario reformar la escuela en profundidad para que se adapte a las nuevas tecnologías?, 141 |

4. EL ARGUMENTO COLONIALISTA

Y EL MITO DEL RASTRO, 151

Luchemos para que el voto electrónico y el voto por internet
no se hagan jamás realidad, 152 |

El voto por internet: ¿paraíso democrático o sueño de mafiosos?, 156 |

¿Tiene sentido desmaterializarlo todo?, 159 |

¿Es realmente útil guardar un rastro de todo?, 162 |

La Generación Documentación y el prospecto informático, 166 |

¿Digitalizarlo todo? ¿Grabarlo todo?, 167 |

¿La trazabilidad y la transparencia contribuyen a la política?, 170 |

5. RESISTIR, SER CREATIVO, 173

¿Todas las tecnologías son de transición?, 174 |

¿Qué hacemos con todos esos errores?, 177 |

¿Tiene sentido declararle la guerra a Wikipedia?, 181 |

¿Por qué no corriges tú también la Wikipedia?, 184 |

¿Cómo resolver un desacuerdo en Wikipedia?, 187 |

¿Quién necesita la muerte de la ardilla?, 191 |

La mala memoria sofoca la atención, 202 |

¿Utilizar el azar para protegerse de la burbuja informática?, 204 |

CONCLUSIÓN: RECOMENDACIONES

PARA PROTEGER LA LECTURA EN PROFUNDIDAD, 207

EPÍLOGO, 221

AGRADECIMIENTOS, 223

EL TRIUNFO DEL LIBRO
EN LA TORMENTA DIGITAL

¿Qué es lo que ha cambiado exactamente?

Demos un salto atrás en el tiempo. En el amanecer del nuevo milenio, yo había especulado sobre el porvenir del libro electrónico.¹ Sostenía que el libro electrónico no lograría imponerse o sustituir al libro de papel, pero por razones algo diferentes de las planteadas generalmente por los conservadores y en contra de los argumentos esgrimidos por los futuristas. El hecho de que hoy en día se lea cada vez más en Kindle, Nook o iPad –si bien en menor medida de lo que se había anunciado–, ¿es realmente motivo suficiente para invalidar la hipótesis? Me gustaría retomar brevemente mi argumento para ver si resulta pertinente y en qué sentido. Ello nos permitirá entender determinados elementos importantes.

1. R. Casati, «Lo que internet nos ha enseñado sobre la verdadera naturaleza del libro», presentado al debate en línea text-e, y republicado en G. Origi, *Text-e. The Future of Text in Internet*, Londres, Palgrave, 2006.

Las objeciones planteadas tradicionalmente contra la posibilidad de transferir al libro electrónico la producción del libro de papel aluden a varios factores:

- Se puede arrancar la página de un libro y enviarla a un amigo.
- Si un libro se cae, no se estropea.
- Un libro no corre el riesgo de descargarse a mitad del capítulo cuatro.
- El funcionamiento de un libro depende únicamente del lector; no hay que realizar ninguna actualización.
- Un libro es ergonómicamente perfecto: está hecho para el ojo y para la mano, es un tipo de objeto que no envejece; y, de hecho, en cuatrocientos años, no ha sufrido grandes innovaciones.

En cambio,

- El libro electrónico no puede desmontarse sin que ello perjudique gravemente su funcionalidad.
- Al depender de la alta tecnología, está sometido a diferentes riesgos de interrupción o de deterioro de su funcionamiento.
- El material informático («*hardware*») del libro electrónico y el formato de los textos pueden cambiar muy rápidamente (basta pensar en las transformaciones experimentadas por los ordenadores y los documentos «.doc» durante los últimos diez años).

Recientemente, se ha alegado incluso la insostenibilidad ecológica del libro de papel; un blanco fácil teniendo en cuenta la sostenible ligereza de los electrones... No existe, sin embargo, ningún estudio concluyente sobre este tema, sino tan sólo estimaciones aproximadas, y creo que no hay que infravalorar los factores ocultos.

La utilización cada vez más extendida y masiva del «*cloud computing*» (almacenaje de datos y ejecución de programas a distancia a partir de servidores respecto de los cuales el ordenador o el lector de libro electrónico no es más que un terminal) presenta unos costes energéticos enormes: incluso si Google pretendiese utilizar «solamente» una décima de millar² de la energía mundial (de *toda* la energía consumida en todo el mundo), lo que constituye una auténtica fuente de preocupación son los costes de la conexión Wi-Fi.³ Sin contar con que el libro de papel necesita únicamente materiales naturales y que permite secuestrar el carbono durante cientos de años, mientras que los primeros libros electrónicos comprados, pongamos, hace diez años, han sido leídos en cinco ordenadores diferentes, de los cuales cuatro han acabado en el cubo de la basura y contienen un montón de productos tóxicos.⁴

2. U. Hölzle, «Cloud Computing Can Use Energy Efficiently», *The New York Times*, 23 de septiembre de 2012.

3. Se habla de consumos de conexión diez veces superiores a los consumos de almacenaje. Véase «The Power of Wireless Cloud: An analysis of the energy consumption of Wireless Cloud», Centre for Energy-Efficient Telecommunications, Bell Labs and University of Melbourne, 2013. http://www.ceet.unimelb.edu.au/pdfs/ceet_white_paper_wireless_cloud.pdf

4. S. Jordison, «The ecological case for e-books», *The Guardian Books Blog*,

Estos detalles, aunque interesantes, esconden problemas a los cuales tengo la impresión de que no se les ha prestado suficiente atención. A mi entender, era necesario trasladar el debate al papel que desempeñaba el libro electrónico en la cadena de relaciones sociales, a la forma en que se podía, por ejemplo, proteger al autor (y a su editor) de las violaciones de los derechos de copyright. Al principio pensaba que podíamos ir todavía más allá y plantearnos una nueva definición de los vínculos sociales creados por la circulación y la venta electrónica de los contenidos culturales. Examinemos otro conjunto de contrastes:

- Puedo regalar un libro, pero a nadie se le ocurriría regalarle a un amigo solamente un capítulo de introducción para que le entrasen ganas de leer ese libro.
- Me parecería un poco grosero que un amigo me enviase por correo electrónico el primer capítulo de una novela de Stephen King, o de cualquier otro autor, con un vínculo para comprarlo.

Así que, si ampliamos el debate sobre la naturaleza del texto y el libro electrónico, nos vemos obligados a redefinir sus perspectivas de utilización. En la década de 2000, el sector estaba animado por las ventas de algunos *best sellers*, pero todavía buscaba su hueco en el mundo de la transmisión de contenidos. A pesar de tener un impacto mediático considerable, a los contenidos electrónicos *de pago* les costaba en-

10 de marzo de 2010. <http://www.guardian.co.uk/books/booksblog/2010/mar/09/ecological-ebooks>.

contrar su camino. Tal vez se debía a un problema de coste, al hecho de que la versión electrónica y la versión de papel no presentaban grandes diferencias. Se hablaba también de las dificultades a las que se enfrentaban los contenidos electrónicos por la falta de dispositivos adecuados en los que leer (y, efectivamente, los lectores electrónicos que se comercializaban en aquel momento eran, en el mejor de los casos, sencillos). Pero aquello no era, a mi entender, el problema principal. En 2000, una de cada tres familias estadounidenses ya tenía acceso a internet y podía descargar un libro en su ordenador personal sin necesidad de adquirir nuevos programas, a pesar de que, al fin y al cabo, acabase teniendo que leer los libros en antiguas pantallas catódicas.

Simplemente señalaba que no había ningún problema del cual el libro electrónico pudiese ser la solución: el teléfono inalámbrico resuelve un problema, ya que libera la emisión y la transmisión de los límites espacio-temporales impuestos por la presencia de hilos, sin embargo, ¿qué dificultad iba a solucionar el libro electrónico? ¿Poder irse de vacaciones con un kilo de libros en la maleta⁵ en lugar de diez o cien kilos? ¿Tener acceso a las últimas publicaciones en tiempo real?

A lo largo de los siglos, alrededor del libro se han cristalizado una serie de normas y reglas sociales bien establecidas que lo definen y protegen. No se trata de un discurso nostálgico,

5. Un anuncio publicitario de 2012 del lector Kobo realizada por Fnac decía lo siguiente: «Este verano viaje ligera de equipaje: un biquini, un vestido y mil libros». Quienes sólo somos capaces de leer unos veinte durante el verano, no podemos más que desearle una larga vida a la protagonista.

sino de un hecho relacionado con la función del libro: difundir las ideas a un coste menor y mediante un formato que presenta toda una serie de ventajas, no sólo la manejabilidad, sino también la posibilidad de transmitirlo, de consultarlo, de regalarlo. El libro es un objeto de comunicación y de intercambio. La vida del contenido electrónico estaba, por tanto, totalmente por inventar, y todavía no se sabía cómo sustituir las prácticas sociales que rodean al libro. El libro electrónico resultó ser un producto híbrido. Alguien debió de mirar un libro y preguntarse: «¿Cómo puedo convertir este libro en electrónico? ¿Dónde habría que fijar la encuadernación? ¿Con qué botón se pasarían las páginas? ¿Seguiría teniendo páginas?». Pero se refería al pasado y no a la naturaleza de las nuevas tecnologías, las cuales crean máquinas totalmente integradas que pueden procesar todo tipo de contenidos. En mi opinión, era necesario entender bien este mecanismo, para demostrar la necesidad de crear algo radicalmente nuevo, o, de lo contrario, el libro electrónico no sería más que un dispositivo más entre muchos otros.

Por consiguiente, el libro de papel habría subsistido para cierto tipo de funciones concretas. La cultura es un fenómeno muy complejo que no está vinculado únicamente a la función comunicativa, sino también a prácticas sociales. *Tratar de someter los contenidos electrónicos a la metáfora del libro habría supuesto entonces privarse de las múltiples oportunidades que ofrece.*

En resumen, mi predicción se basaba en un parámetro en aquel entonces infravalorado en los debates, a saber: que

el libro es un excelente objeto de *intercambio* social. Se regala con mucha frecuencia y, como regalo, tiene una vida ilimitada. Regalar un libro electrónico, por el contrario, supone regalar un dispositivo electrónico o un fichero; en cualquier caso, el intercambio no es comparable al que ofrece el libro de papel. Dicho de otro modo: el libro de papel forma parte de un ecosistema y su función en dicho ecosistema no es sustituible por el libro electrónico.

¿Actualmente, mi predicción ha sido desmentida por el creciente número de libros electrónicos a la venta o en circulación? Diría que sólo a medias. Efectivamente, nos encontramos ante un *nuevo* ecosistema que crea un espacio para el formato electrónico y elimina el papel. Ha sucedido lo que, como yo creía, habría permitido imponerse al libro electrónico —a saber: una reconfiguración total de la situación de lectura—, pero no en el sentido que yo esperaba. Los nuevos formatos no han abierto nuevos horizontes de lectura; al contrario, esa lectura ha sido *robada*.

Ésa es la tesis principal que defiendo. De esa tesis se desprende toda una serie de consecuencias para el futuro de la lectura y de su aprendizaje, instrucciones para adaptarse a la innovación digital, y conclusiones acerca de la educación en general. Sin embargo, las consecuencias sólo pueden entenderse si se entiende *de qué modo* ha sido robada la lectura.

En las páginas siguientes, insistiré básicamente en dos cosas. Por una parte, trataré de explicar cómo el entorno digital se ha vuelto hostil para la lectura de libros. Por otra, me gustaría demostrar cómo es posible adaptarse a ese nue-

vo entorno y cuándo, por el contrario, hay que intentar oponerse y por qué medios. Presentaré numerosos casos concretos –fijándome en la escuela y en la educación– con la intención de plantear interpretaciones creativas de las nuevas tecnologías, sin imponerlas. Veremos que el libro y la escuela podrían ser el terreno en el que se decide el futuro de la colonización digital. De momento, ese terreno es una *tierra de nadie*, una zona intermedia entre, por un lado, prácticas como la fotografía, que se han beneficiado de la migración digital, y por otro, prácticas como el ejercicio del voto, respecto a las cuales hay buenas razones para pensar que no deberían migrar.

En los extremos, nuestros márgenes de maniobra están claros: aceptar totalmente la propuesta digital o rechazarla por completo. Sin embargo, en esa zona intermedia tenemos que hacer un esfuerzo de imaginación porque los problemas son mucho más complicados. Al examinar esa zona intermedia y compleja, nos atendremos a un mensaje en el fondo muy sencillo: la novedad no es una fatalidad, pero si las tecnologías tienen que convertirse en oportunidades, en ese caso hay que reinventarlas incesantemente.

*¿Cómo se pasa de un ecosistema a otro?
Por ejemplo, ¿quién es «fotógrafo» hoy en día?*

Un nuevo salto hacia atrás, y ligeramente a un lado. Pensemos un momento en lo sucedido cuando las cámaras fotográficas colonizaron los teléfonos móviles. En los albores del tercer milenio, numerosos fotógrafos, aficionados o no, se pregunta-

ban inquietos si debían pasar de las cámaras Reflex con película a las cámaras digitales. En aquel entonces, quien compraba por primera vez una cámara fotográfica se enfrentaba a una disyuntiva cada vez más interesante (y desestabilizadora): de película o digital. En las revistas especializadas había debates apasionados: los partidarios de las viejas cámaras Reflex insistían en la enorme diferencia existente entre la gran resolución de los sistemas analógicos y la pobreza de los sistemas digitales; los partidarios de las cámaras digitales hacían hincapié en la simplicidad de éstas a la hora de gestionar las imágenes, de transferirlas, de modificarlas, en la multiplicación del número de píxeles y un largo etcétera. La controversia parecía beatíficamente académica hasta el día que los teléfonos móviles con cámara de fotos incorporada aparecieron en el mercado. El hecho es que actualmente se venden más cámaras fotográficas integradas en teléfonos móviles que cámaras fotográficas como objetos independientes. Hoy en día, resulta difícil entender cuál fue el origen, el motivo de esa incorporación: si el fin era engatusar a los clientes que enviaban un número increíble de SMS para que enviaran también MMS, hay que decir que el envío de MMS ha sido un fenómeno marginal.⁶

Entonces, ¿qué ha sucedido? Hasta los años 2000, fotografiar representaba sobre todo una *actividad ceremonial*. A ex-

6. En 2008 en el Reino Unido, se enviaron 78.900 millones de SMS y apenas 500 millones de MMS; en 2009 fueron 968.000 millones de SMS frente a 601 millones de MMS, es decir, un MMS por cada 160 SMS. Cf. Mobile Data Association, *The Q4 2008 UK Mobile Trends report*. <http://themda.org/mda-press-releases/the-q4-2008-uk-mobile-trends-report.php>.

cepción de los fotógrafos profesionales, no se tomaban fotos más que en determinadas ocasiones bastante concretas y rituales: cumpleaños, fiestas, vacaciones, y otros acontecimientos de ese tipo. Si mi padre hubiera salido con una cámara de fotos colgada del cuello nos habría parecido un poco raro, habríamos pensado que tenía una misión especial. Nadie nos preguntaba antes de salir: «¿Has cogido la cámara?». Pero, desde que prácticamente todos los teléfonos móviles van equipados con una, la pregunta es redundante, ya que la respuesta está incluida en la respuesta a otra pregunta: «¿Te has acordado de coger el teléfono?». Aquí es adonde quería llegar: tener la intención de coger la cámara fotográfica al salir de casa es una cosa, tenerla *en cualquier caso* en el bolsillo de la mañana a la noche es otra. En un momento dado, la utilizas para grabar todo lo que pasa por delante de tus ojos: un reflejo en una pared, la cola de un gato, las personas presentes en una reunión para poder verificar más adelante quién ha participado en ella, el cartel de una exposición que te gustaría ver, un cálculo escrito en la pizarra (volveremos sobre ese punto), la escena de un accidente, y un largo etcétera.

Hoy en día, nadie compra un *smartphone* por la cámara fotográfica; sin embargo, cuando alguien tiene uno, dado que la cámara es parte integrante del mismo, se pone a hacer fotos. Mucho más de lo que tenía por costumbre hacer cuando las cámaras fotográficas no estaban integradas en los teléfonos y de manera muy diferente. La cámara-fotográfica-como-apéndice-corporal *revela* algo sobre la cámara, algo que el uso *ceremonial* de la fotografía no permitía ver: *las cámaras fotográficas son grabadoras de notas visuales.*

Se aprecia claramente que la portabilidad no ha sido el factor decisivo. Las cámaras digitales e incluso las Reflex eran perfectamente transportables, algunas de ellas auténticas obras maestras de ingeniería: he utilizado durante años (en vacaciones, ceremoniosamente) una Minox extremadamente ligera que me regalaron cuando me licencié; hacía fotos magníficas y la llevaba a todas partes. Por el contrario, lo que ha marcado la diferencia es el hecho de tener *constantemente* una cámara fotográfica en el bolsillo.

La parábola de la cámara fotográfica nos enseña dos cosas. En primer lugar, que el progreso, en general, no se produce cuando se observa una práctica y a continuación se busca la tecnología adaptada para mantenerla o ayudarla en sus funciones, sino que, por el contrario, se produce una innovación cuando se tiene en cuenta la tecnología existente y se trata de encontrarle nuevas aplicaciones. Como han dicho algunos,⁷ es el ingenio el que agudiza la necesidad y no a la inversa. Y, efectivamente, una vez liberada la fotografía, se han buscado y encontrado medios para compartirla: el MMS –que no consigue imponerse– ha dejado paso a Flickr y a Instagram. Desde una óptica más global, actualmente hay más respuestas (tecnológicas) que demandas (sociales). Tratemos pues, en primer lugar, de buscar demandas legítimas, cosa a la que me dedicaré en las páginas siguientes.

En lo que respecta a nuestro hilo argumental, la segunda lección que debemos extraer de la parábola de la cámara de fotos es de una sencillez asombrosa. No es la llegada al mer-

7. Concretamente J. Diamond, *De l'inégalité parmi les sociétés. Essai sur l'homme et l'environnement dans l'histoire*, París, Gallimard, 2000.

cado de lectores electrónicos cada vez más potentes lo que ha marcado un antes y un después en la lectura de libros; lo que ha marcado la diferencia es un objeto determinado: el iPad y sus epígonos. No porque el iPad se haya impuesto como un nuevo medio de lectura electrónica. ¡En absoluto! El iPad nace como el último apéndice seductor de un inmenso sistema de distribución de contenidos. Quien compra un iPad no lo hace para leer un libro (de hecho, nadie puede aún ponerse a leer al sol como con un *Kindle Ink*, cuya tinta electrónica representa una clara ventaja para la vista), sino para hacer otro montón de cosas. Sin embargo, una vez se dispone de un iPad, uno se pone a descargar libros de manera natural. Y una vez se ha conseguido descargarlos en el iPad, ¿para qué diablos comprar un lector electrónico? Dicho de otro modo, el iPad representará para los lectores electrónicos lo que el teléfono portátil ha representado para las cámaras fotográficas: se lo tragará.

En ambos casos —el de la cámara fotográfica en el teléfono móvil y el del iPad— se han creado nuevos ecosistemas, ricos e interesantes, que redefinen completamente nuestras prácticas. La lección de la cámara en el teléfono móvil no sólo es sencilla, sino también brutal: no son las cámaras digitales cada vez con más prestaciones o cada vez más pequeñas las que nos han convencido de que abandonemos la película, sino cierta disponibilidad de las cámaras digitales, incluso de calidad mediocre, allí donde nadie esperaba tenerla. En el bolsillo, veinticuatro horas al día, siete días por semana. Del mismo modo, si el libro electrónico acaba por imponerse y destronar al libro de papel, ello no querrá

decir en absoluto que «finalmente» se haya vuelto mejor que éste. Significará, sobre todo, que la gente quiere cosas como el iPad —el cual tiene poco que ver con el libro—, y que más adelante considerarán natural utilizarlas también para descargar un libro. La lectura ha sido robada, pero mi predicción acerca del futuro del libro sólo se ha confirmado a medias. Ahora tenemos que entender qué significa esto para los lectores, qué se puede hacer para proteger la lectura o, como mínimo, recuperarla.

¿Producir o consumir?

Antes de nada, ¿por qué el iPad y precisamente el iPad ha robado la lectura? La transformación conceptual que el iPad ha llevado a la escena de la tecnología de masas es tan sencilla como radical. Hasta que el iPad hizo su aparición, los ordenadores eran principalmente, por no decir exclusivamente, herramientas de *producción intelectual*. Ahora bien, por primera vez, hemos visto surgir un ordenador que es básicamente una herramienta de *consumo intelectual*.⁸ Esto ya se aprecia claramente en las imágenes elegidas para la campaña publicitaria de la primera versión: cámara subjetiva desde el punto de vista del usuario, ropa cómoda, piernas cruzadas, la tableta sobre las rodillas brillando con mil promesas. Se aprecia también en la ergonomía del iPad

8. En este punto estoy en desacuerdo con el filósofo Maurizio Ferraris, el cual considera que el iPad es esencialmente una herramienta que permite grabar inscripciones. Véase M. Ferraris, *Anima e iPad*, Milán, Guanda, 2011.